

tiempo y de asegurar al príncipe de Schwartzberg y á Reynier hacia sus espaldas, lo cual necesitaban para marchar adelante; y si desde el 18 ó el 20 de noviembre se les hablara á las claras, no limitándose á decirles, como hacía Mr. de Basano, que todo iba bien en el grande ejército; que el emperador volvía de Moscou victorioso; revelándoles por el contrario que el ejército llegaba perseguido, cruelmente tratado por la estación, que no estaba asegurado su regreso á Wilna sino á condición de un poderoso socorro, de seguro el príncipe de Schwartzberg sacudiera su timidez á impulsos de su lealtad personal, marchara, y en unión del general Reynier pudiera estar antes del 28 de noviembre en Minks, y antes del 10 de diciembre en Wilna. En tal caso, con las tropas que se hallaban en este punto, se juntaran unos sesenta mil hombres, y setenta y dos mil con los restos del grande ejército. Ahora bien: los rusos distaban mucho de poder reunir otros tantos. Pero Napoleón había partido sin dar órdenes; Mr. de Basano, que le había sucedido inmediatamente, no se creyó autorizado para suplir semejante falta, y el príncipe de Schwartzberg y el general Reynier perdieron el tiempo entre Slonim y Neswij, no sabiendo qué hacer, ni á qué atenerse entre las noticias satisfactorias que les llegaban por conducto de los franceses, y las noticias enteramente contrarias que les hacían llegar los rusos (1). Se acaba de ver que el cuerpo bávaro del general de Wrede, la división de Loison, las brigadas de Coutard y Franceschi, enviadas desde el seno de la abundancia y de una buena temperatura al centro de los horrores de esta retirada, fueron acometidas por el frío y desorganizadas del todo. De consiguiente Wilna estaba abierta, y no había probabilidad alguna de defenderse allí contra los tres cuerpos enemigos que seguían el avance.

Habiendo dejado atrás su principal ejército el generalísimo Kutusoff, para tomar el mando superior de los ejércitos rusos reunidos después del paso del Berezina, encargó á Wittgenstein que se adelantara sobre Wilna por el camino de Swenziani, á Tchitchakoff que concurre al mismo punto por el de Ochmiana, y aunque despacio, también encaminó al fin sus tropas hacia Nowoi-Troki para impedir que Schwartzberg se incorporara á Napoleón. A la verdad no tenía disponibles ochenta mil hombres entre todos, y no más de cuarenta mil podía presentar sobre el mismo punto un día de batalla. Pero estando Wilna al descubierto, para sembrar la confusión en su recinto había bastante con una vanguardia de cinco á seis mil hombres. Esta vanguardia existía en los cosacos de Platow y en la infantería de Tchaplitz.

Por parte de los franceses no había cuerpo de tropas del cual quedaran algunos restos; el primero, de Davout, el segundo, de Oudinot, el tercero, de Ney, el cuarto, del príncipe Eugenio, el nono, de Victor, acabaron de disolverse en estos últimos días bajo la influencia del

(1) La correspondencia de estos dos cuerpos suministra la prueba segura de las disposiciones de sus generales á obedecer las órdenes que se les hubieran expedido. Sólo más tarde vino al Austria el valor de abandonarnos; y además la fidelidad personal del príncipe de Schwartzberg, que no cedió posteriormente sino ante un grave interés de su patria, no deja ninguna duda sobre lo que á la sazón se pudiera obtener de su persona. Nada anunciamos aquí de que no estemos informados perfectamente. (N. del A.)

frío creciente de continuo y de una marcha sin descanso. A las puertas de Wilna, el mariscal Víctor, el postrero que había llenado el papel de la retaguardia, finalizó por encontrarse sin un solo hombre. Cada soldado iba á calentarse y á comer donde podía, y sobre todo procuraba evitar las heridas, que equivalían á la muerte. A lo sumo de la división de Loison habían sobrevivido tres mil hombres, y de la guardia imperial quizá otros tantos. Todos los generales, heridos ó sanos, no teniendo á quien mandar, se fueron cada uno por su lado; y desconsolado Murat en medio de aquel desorden por la responsabilidad que pesaba sobre su cabeza, alarmado por su reino al aspecto del vasto naufragio que había empezado ante sus ojos, poco sostenido por Berthier enfermo y consternado, no sabía qué hacer ni qué mandar con la cabeza turbada.

Pero el enemigo no le dejó siquiera tiempo para que vacilara. Según se ha dicho, las reliquias del ejército llegaron el 8 y el 9 de diciembre, y se hallaban hacinadas en Wilna, saqueando los almacenes de víveres y de vestuarios, cuando Platow apareció al frente de sus cosacos á las puertas de esta ciudad el 9 por la noche. A los primeros disparos la turbación y el desorden llegaron á colmo. Ya no había retaguardia. El general Loison, único que tenía á su disposición algunas fuerzas, acudió con el 19, antiguo regimiento ahora formado por reclutas, y probó á situarse fuera de la ciudad. El mariscal Ney, que no ejercía mando, si bien lo tomaba dondequiera que había peligro, lo cual se le consentía de buen grado, y el anciano Lefebvre, que recuperaba en medio del riesgo sus bríos antiguos, corrían por las calles de Wilna, gritando á las armas y esforzándose por reunir algunos soldados con ellos para conducirlos á los baluartes. ¡Espectáculo triste y digno de compasión horrorosa el de ver al grande ejército reducido por designios insensatos á tales miserias! Al cabo se contuvo á los cosacos, pero sólo por algunas horas, y cada cual no pensó más que en la fuga. Murat, tan heroico en los campos del Moskowa; Murat, el invulnerable Murat, á quien parecía no poder tocar las balas ni la metralla, acometido de la enfermedad general, de pronto imitó á su soberano: no queriendo dejar á los rusos un rey prisionero, al modo que Napoleón no quiso dejarles un emperador, trasladóse al arrabal de Wilna abierto sobre el camino de Kowno. Allí fué para estar en aptitud de partir de los primeros. Se puso la noche del 10 en camino, diciendo que se procuraría juntar el ejército en Kowno detrás del Niemen. A mayor abundamiento no había órdenes que expedir, pues cada cual procuraba acelerar la partida. Fuéronse en confusión unos por un lado y otros por otro, dejando al enemigo vastos almacenes de todas clases, y, lo que era aún más sensible con mucho, una porción de heridos y de enfermos, unos situados en los hospitales, otros depositados en las casas de los habitantes, donde el cirujano Larrey hizo que se les recibiera estos dos días, y finalmente doce ó quince mil soldados faltos ya de fuerzas, y que preferían quedar prisioneros á proseguir aquella marcha mortal con un frío de 30 grados, sin abrigo durante la noche y sin pan durante el día. Aun se perdieron durante esta evacuación atropellada diez y ocho ó veinte mil hombres que fuera fácil poner en salvo. Toda la noche del 10 se empleó en salir de Wilna delante de los cosacos, impacientes por

penetrar en su recinto. Los tiros de fusil de los que entraban, á los cuales respondían los tiros de fusil de los que salían, mantuvieron á aquella desgraciada ciudad en el espanto. Horrible es decir que tan luego como estuvo el ejército en retirada, los judíos polacos, á quienes se había forzado á recibir nuestros heridos, los arrojaban por las ventanas, y aun degollaron á algunos después de haberles despojado. ¡Triste homenaje rendido á los rusos, de quienes eran parciales!

Otra escena affictiva sobrevino á las puertas de Wilna y como á una legua de distancia. Una montaña que ormaba la margen izquierda del Wilna, y que seis meses antes bajaron nuestros escuadrones victoriosos al galope en persecución de los rusos, se veía cubierta de escarcha y presentaba para los carrós un obstáculo casi insuperable.

Al pie de la cuesta se hallaban como apiñados los carros donde iban los oficiales heridos ó enfermos, las arcas de la artillería, y por último los furgones del tesoro, que Mr. de Bassano había dejado el más largo tiempo que pudo en Wilna á fin de no confesar el peligro de la situación harlo pronto. Espantados los conductores por el ruido de la fusilería, gritaban y sacudían con el látigo á sus caballos, profiriendo juramentos horribles. No pudiendo los caballos sostenerse sobre el hielo, lo rompían con sus patas y al caer se ensangrentaban las rodillas, mientras los cañones, abandonados á mitad de la cuesta por ser imposible arrastrarlos á más altura, se soltaban sobre la pendiente, y rodaban haciendo pedazos cuanto encontraban en su caída. Después de muchas horas de este tumulto y de esta impaciencia, adoptóse el partido de cortar los tiros de los caballos y de abandonar aquellos restos preciosos al pie de la cuesta. Allí perecieron también más heridos y enfermos. Diez millones de francos en oro y plata contenían los furgones del tesoro. Sin embargo, algunos consiguieron salvar el pagador, muy celoso en el cumplimiento de sus deberes, si bien hubo de abandonar los más de ellos á la codicia de los soldados. Infelices se contaron que sintiendo reanimadas ante este espectáculo sus fuerzas, tuvieron valor para cargarse de metales preciosos; pero después de desvenjar los furgones, daban mil francos en plata por cien francos en oro, pues el peso quitaba todo valor á lo que era necesario llevar consigo. Allí quedaron algunos de los trofeos de Moscou y muchas banderas tomadas al enemigo. Acababa la noche cuando los cosacos llegaron á poner término á la rapiña de los franceses y á substituir la rapiña de los rusos. Nunca la codicia de estos jinetes de planta fugaz se vió llamada á coger un botín semejante.

Se emplearon los días 10, 11 y 12 en andar las veintiséis leguas que separan á Wilna de Kowno, y los restos del ejército afluyeron en esta última ciudad durante los días 11 y 12 de diciembre. ¡En qué estado, en qué desnudez, en qué confusión se volvía á pasar este Niemen helado, que seis meses antes se había cruzado bajo un sol hermoso, en número de cuatrocientos mil hombres, con sesenta mil jinetes, mil doscientas bocas de fuego y un brillo incomparable! Todo el que conservara el sentimiento bajo aquel frío de 30°, no podía menos de hacer esta comparación cruel con los ojos arrasados de llanto. Helado el Niemen, los puentes que habíamos construído y rodeado de sólidas obras, no eran un me-

dio exclusivo de pasar el río, y así los cosacos lo habían ya cruzado al galope. No se podía, pues, aspirar á guardar á Kowno, como no se había aspirado á guardar á Wilna, por no ser ya el Niemen en aquella estación una verdadera línea de defensa. Vaciar los almacenes, esto es, saquearlos, era el único modo de sacar partido de ellos. Invadidos fueron con cierta especie de furia. Mucho más abundantes eran que los de Wilna, pues la navegación interior del Vístula al Niemen había hecho afluir en aquel punto, gracias á la actividad del general Baste, todas las riquezas de Dantzick. Nuestros infelices soldados se dirigieron sobre todo á los almacenes de bebidas espirituosas, buscando en el calor interior un socorro contra el frío exterior y se mataban por impaciencia de volver á la vida. En un instante vieron llenas las calles de toneles desfondados, y de soldados expirantes entre el ataque del frío y el de la borrachera.

Por la mañana del 12 de diciembre convocó Murat á los mariscales, al príncipe Berthier y á Mr. Darú para deliberar sobre la conducta que debía seguirse. Según la relación de todos los jefes ya no había soldados en ningún cuerpo, quizá quedaban todavía á la división de Loison unos dos mil hombres, y alrededor de mil quinientos en las filas de la guardia, de los cuales á lo sumo quinientos capaces de disparar un tiro. Murat que, en su movilidad, pasaba respecto de Napoleón del amor al odio, y que en este momento no le perdonaba el poner en peligro las coronas de la familia de Bonaparte, soltó quejas contra el soberano, cuya ambición insensata, según decía, les precipitaba á un abismo.

Todos los corazones participaban de estos sentimientos; pero, contenidos por el temor todavía la mayor parte, consolados otros, como Ney, de los infortunios presentes por la gloria adquirida en esta campaña, maravillándose otros, como Davout, de que los que más provecho habían sacado de la ambición de Napoleón fueran los primeros en quejarse, acogieron las recriminaciones de Murat con el silencio ó la censura. Especialmente Davout, á quien inspiraban aversión instintiva así las dotes aventajadas como los defectos del rey de Nápoles, y que había tenido con él muchos y serios altercados, le impuso silencio manifestando que, si la ambición de Napoleón debía hallar en el ejército censores, no era en aquellos de sus lugartenientes á quienes había ceñido coronas, y que además en las circunstancias actuales sólo había que tener á la vista un objeto, el de salvarse, sin añadir malos ejemplos á la indisciplina de las tropas. Esta escena, que revelaba el estado de los ánimos, no tuvo consecuencias, y se pasó á ocuparse de lo que había que poner por obra. Se encargó de común acuerdo al mariscal Ney la defensa de Kowno y la dirección de este fin de retirada. Para dar lugar á que pasara por delante el torrente de fugitivos, debía defender á Kowno durante cuarenta y ocho horas con el resto de la división de Loison, con algunas tropas de la confederación germánica, y retirarse de seguida á Königsberg, donde se le incorporaría el mariscal Macdonald, que retrogradaba de Riga á Tilsit por su parte. Juzgóse imposible reunir los restos del ejército en otro punto que sobre el Vístula, esto es, detrás de una línea donde cesaran de ser perseguidos. Decidióse que los cuadros, consistentes en treinta ó cuarenta oficiales por regimiento y algunos subalternos, que llevaban las bande-



ras, se reunirían los de la guardia en Dantzick; los del primero y séptimo cuerpo, de Davout y de los westfalianos, en Thorn; los del segundo y tercer cuerpo, de Oudinot y Ney, en Marienburgo; los del cuarto y sexto, del príncipe Eugenio y de los bávaros, en Marienwérder; los del quinto, de los polacos, en Varsovia, y que hacia estos puntos de reunión se empujaría á los soldados esparcidos por los caminos. Para tentar el último esfuerzo bajo los muros de Kowno pidió el mariscal Ney que se le agregara al general Gerard, y le fué concedido.

Adoptadas estas disposiciones se pusieron en marcha hacia Koenigsberg todos. Solos se quedaron Ney y Gerard en Kowno para probar á detener á los cosacos. Ney situó en las obras construídas delante de los puentes del Wilia y del Niemen algunas tropas alemanas, y á lo largo de las heladas aguas de ambos ríos, que era menester disputar sin el apoyo de ninguna obra defensiva, á los restos de la división de Loisón, especialmente al 29 de línea, antiguo regimiento según hemos dicho, ahora compuesto de reclutas. Ya el 13 por la mañana asomaron los cosacos con su artillería llevada sobre trineos. Primero se presentaron en el puente del Niemen por el camino de Wilna é hicieron descargas sobre la cabeza del puente. Los soldados alemanes de Reuss y de Lippe, poseídos de terror pánico, no quisieron oír hablar de defenderse, tiraron las armas y clavaron sus cañones. Lleno de honor el oficial que los mandaba, se levantó la tapa de los sesos desesperadamente. Al ruido que sonaba por este lado, acudieron Ney y Gerard, y tomando á los soldados de la mano, conjurándolos á detenerse, cogiendo un fusil cada uno, haciendo personalmente fuego, apenas lograron contener á algunos. Al ver esto echaron pie á tierra doscientos cosacos, y marcharon con el fusil en la mano sobre la cabeza del puente. Ney y Gerard se iban á encontrar solos, cuando Rumigni, ayudante de campo del mariscal Ney, trajo un destacamento del 29, que con sus disparos contuvo á los cosacos y obligóles á retroceder camino. El mariscal Ney creyó haber salvado á Kowno y en un movimiento de efusión estrechó al general Gerard en sus brazos. Pero muy pronto se desbandaron los alemanes, y los soldados del 29, arrastrados por el ejemplo, espantados particularmente de verse reducidos á algunos centenares de hombres para defender á Kowno, se marcharon poco á poco, y al fin de la jornada del 13, Ney y Gerard no tuvieron á su lado más que quinientos ó seiscientos hombres y ocho bocas de fuego de la división de Loisón.

Después de mantenerse firmes todo el día 13, y de hacer que pasaran por delante cuantos rezagados fué posible, resolvieron partir personalmente la misma noche con los pocos hombres fieles que habían conservado. Con los que les quedaron había por lo menos para resistir á una carga de cosacos. A eso de media noche, seguros de que cuantos podían andar ya habían desfilarado, trataron de trepar aquella misma cumbre desde la cual el 24 de junio dominaba el ejército el curso del Niemen y se disponía á pasarlo. Pero las escarchas, al modo que al salir de Wilna, habían detenido á los últimos carros de los bagajes y de la artillería y á algunos furgones, única reliquia del tesoro. ¡Igual escena, los propios esfuerzos, los mismos gritos que en Wilna, y la

misma impotencia! Para mayor desastre, después de cruzar algunos cosacos el Niemen sobre el hielo, treparon al respaldo de la cumbre, y amenazaban cortar el camino. Ante este nuevo peligro, los quinientos ó seiscientos hombres de Ney y de Gerard se dispersaron en las tinieblas, buscando cada uno su salvación donde creía hallarla. Solos casi el mariscal Ney y el general Gerard con algunos oficiales, ya no tuvieron que pensar más que en la seguridad de sus personas, y torciendo hacia la derecha, siguieron el curso del Niemen para ocultarse á la vista del contrario, continuando á lo largo del encajonado y heladísimo lecho del río. Sanos y salvos ganaron después el camino de Gumbinnen á Koenigsberg, único y postrer servicio que podían prestar entonces, pues algo era salvarse estos dos hombres en la inmensidad de tamaño desastre.

A contar desde este momento, ya no hubo un solo cuerpo armado, y la retirada acabó por pequeñas bandadas, fugitivas á través de las heladas llanuras de Polonia y delante de las últimas correrías de los cosacos. Éstos, después de andar algunas leguas más acá del Niemen, volvieron á entrar en línea junto al río, que no querían cruzar los ejércitos rusos triunfantes, pero agotados de fuerzas y reducidos en dos terceras partes.

A Koenigsberg habían llegado los estados mayores y la vieja guardia. De siete mil hombres, que contaba ésta al principio de la campaña, le quedaban cinco mil novecientos sesenta y dos al evacuar á Esmolensko. De estos cinco mil novecientos sesenta y dos, al llegar á Koenigsberg, había perdido quinientos veintiocho hombres muertos ó heridos, que no pudieron ser transportados, mil trescientos setenta y siete, de los cuales se sabía que sucumbieron á la fatiga ó á la miseria, dos mil quinientos ochenta y seis que se suponían helados ó cogidos por no poder seguir la marcha, esto es, cuatro mil cuatrocientos noventa y uno desaparecidos desde Esmolensko, y de ellos sólo quinientos veintiocho en los combates. De pie había mil cuatrocientos setenta y uno el 20 de diciembre, de los cuales serían capaces de disparar un fusil quinientos. Remitido fué al estado mayor por el mariscal Lefebvre el cuadro de estas pérdidas de la guardia. ¡Y era el único cuerpo al cual se habían hecho distribuciones regulares! De la joven guardia no quedaba ningún vestigio.

En Koenigsberg había cerca de diez mil individuos en los hospitales, corto número de ellos heridos y la mayor parte enfermos. Entre éstos, los unos tenían los miembros helados, los otros estaban atacados de una especie de epidemia llamada fiebre de congelación por los médicos y horriblemente contagiosa. Aunque extenuado de cansancio y de padecimientos, corrió el heroico Larrey á estos hospitales, para cuidar á nuestros enfermos, y allí contrajo el funesto contagio que le arrastró al borde del sepulcro. De cualquiera especie que sea, figura el heroísmo como el consuelo de los grandes desastres. Este consuelo tuvimoslo del todo, pues igualó á la magnitud de nuestras desventuras. En Koenigsberg, en medio de la muchedumbre de infelices que expiaban con la muerte ó la ambición de Napoleón ó su propia intemperancia, hubo dos defunciones, por siempre sensibles, dos especialmente, la del general Lariboisiere y la del general Eblé. Abrumado el primero de fatigas, soportadas con rara constancia á pesar de

sus muchos años, pero inconsolable sobre todo por la pérdida de un hijo, muerto á sus ojos en la batalla del Moscowa, falleció de la epidemia reinante en Koenigsberg. Se nombró por sucesor suyo al ilustre Eblé en el puesto de comandante general de la artillería; pero este noble anciano, acometido también de una enfermedad mortal en el Berezina, y no habiendo hecho más que languidecer desde entonces, expiró á los dos días de exhalar el último aliento el jefe á quien acababa de reemplazar. De los cien pontoneros que á su voz se habían metido en las aguas del Berezina para construir los puentes, sólo vivían doce. De los otros trescientos, apenas quedaba una cuarta parte.

Esta necrología del ejército es desgarradora; pero es necesario que los grandes hombres y las naciones conozcan lo que cuestan las empresas insensatas, y lo que costó ésta, una de las más locas y más mortíferas que se han acometido nunca. Frecuentemente se ha procurado calcular las pérdidas de Francia y de sus aliados en la expedición de Rusia. ¡Cuenta espantosa é imposible! Sin embargo cabe aproximarse á la verdad, aunque no fijarla. El ejército total, destinado á operar del Rhin al Niemen, ascendía á seiscientos doce mil hombres y á ciento cincuenta mil caballos, y con los austriacos á seiscientos cuarenta y ocho mil hombres. De ellos cuatrocientos veinte mil pasaron el Niemen. Después se les unieron treinta mil combatientes del nono cuerpo al mando del mariscal Victor, doce mil de la división de Loisón, quince mil de la división de Durutte, algunos aliados y algunos batallones de marcha en número de veinte mil hombres, y por último los treinta y seis mil austriacos, sumando así los que pasaron el Niemen hasta quinientos treinta y tres mil hombres entre todos. A las órdenes del príncipe de Schwartzenberg y del general Reynier quedaban cuarenta mil austriacos y sajones, retirándose á pasos contados, por entre el Bug y el Narew, quince mil prusianos y polacos á las órdenes del mariscal Macdonald, esforzándose por llegar al Niemen, y algunos soldados aislados, volviendo á ganar la línea del Vístula por entre las llanuras de la Polonia. De estos soldados aislados se recogieron treinta ó cuarenta mil posteriormente. Así se contaban perdidos cuatrocientos treinta y ocho mil hombres, de los cuales reteniéndolos prisioneros unos cien mil los rusos. Según esta cuenta serían trescientos cuarenta mil los muertos. ¡No, por fortuna! Habiéndose desbandado un número que no puede determinarse al principio de la campaña, poco á poco volvieron á su país nativo á través de la Polonia y la Alemania; pero no es exagerado decir que cerca de trescientos mil hombres murieron en el fuego, ó de miseria, ó de frío. ¿Qué parte cupo á los franceses en esta horrible hecatombe? Los aduladores de Napoleón, pues siempre los tuvo, reinando ó destronado, vivo ó muerto, han querido consolarnos, diciendo que en este sacrificio de trescientos mil hombres tocó más parte á los aliados de Francia que á nosotros; falsedad material, pues nos tocaron dos terceras partes en este horroroso lote. ¡Mas rechacemos ese indigno consuelo, y tengamos por franceses á cuantos aliados murieron con nosotros!

Sacada esta cuenta, ¿qué se puede decir de la empresa en sí misma? ¿Qué juicio se puede emitir sobre ella, no pronunciado ya por el buen sentido de las naciones?

Nada, ó casi nada podía hacer que la empresa fuese venturosa. Ni aún la infalibilidad en el modo de proceder alcanzara á corregir el vicio esencial de que adolecía. Y todavía era más imposible el buen suceso con las faltas cometidas y emanadas en su mayor parte del mismo principio de la empresa.

Ante todo no fué necesaria á Napoleón si políticamente se considera: prosiguiendo perseverante la guerra de España, por ingrata que fuese, consagrando á ella sus fuerzas y su dinero de una manera exclusiva, y sacrificando además algunas adquisiciones de territorio más onerosas que útiles, obtuviera la paz general sin duda alguna. Y aun suponiendo que haya error en esto, y que antes de llegar á la paz general se hubiera de unir de nuevo la Rusia á la Inglaterra, convenía no anticipársela, dejarla el cargo de la agresión, aguardarlo junto al Vístula donde se la batiera de seguro, porque se tuvieran trescientos mil combatientes de los quinientos mil soldados puestos en movimiento, al par que de los seiscientos mil apenas se contaron ciento cincuenta mil junto al Moscowa, y batida junto al Vístula la Rusia, quedara tan vencida y más que junto al Dwina y el Moscowa. Ir á buscar á los rusos, en vez de esperarlos junto al Vístula, es una de las faltas políticas más enormes de la historia, y esta falta no fué efecto de un error de talento de Napoleón, sino de un arrebatado de su carácter impetuoso que no se acomodaba ni á la lentitud, ni á la espera. Para un conquistador son invencibles los rusos dentro de su casa: no lo serían para Europa, francamente ligada en interés de su independencia. Atacando por mar la Europa, ó bien avanzando por tierra metódicamente y con paciencia, marchando con constancia, de una línea á otra, y sin tener por qué inquietarse de lo que dejara á su espalda, llegaría á alcanzar el triunfo sobre este vasto imperio, si se uniera por un interés general y universalmente sentido. Pero marchar sobre Moscou por medio de Europa, conjurada en secreto, y dejándola detrás llena de odios era una ciega temeridad, al par que, aguardando á Rusia en Alemania ó en Polonia, se venciera á la vez á Rusia y á Alemania si ésta se declarase aliada suya.

De consiguiente, irrazonable la empresa en principio, lo era más todavía considerando el estado en que Napoleón se hallaba en 1812 bajo el aspecto de las fuerzas militares. Ya no había aquellas veteranas huestes de Austerlitz y Friedland, pues habían ido á morir ó acababan de perecer en España. Algo le quedaba de ellas en el cuerpo de Davout, en algunas antiguas divisiones de Ney, Oudinot y Eugenio; por desgracia se las había aumentado desmesuradamente con jóvenes reclutas, llevados por fuerza á las filas, unos robustos pero indóciles, otros indóciles pero todavía muy tiernos, y á aquellas veteranas huestes así debilitadas se había mezclado además una porción de aliados, que nos aborrecían de veras, que se batían sin duda, pero que desertaban tan luego como se les ofrecía ocasión favorable. Con tan incoherente conjunto no se debió tentar semejante empresa. Más valieran trescientos mil veteranos como los del mariscal Davout, que los seiscientos mil soldados que se reunieron, pues disminuyeran en la mitad las dificultades de alimentarlos, y alimentándolos, se les conservara en las filas. Por haber avanzado hasta el Niemen se estuvo á pique de sucumbir el año 1807, á



pesar de llevar excelentes soldados; probar á ir el año de 1812 á doble distancia con soldados dos veces inferiores, equivalía á hacer infalible el desastre. Y aquí resalta una verdad de mucho bulto, y es que Napoleón tocaba al término de su sistema ambicioso, consistente en vencer las afecciones de los pueblos con fuerzas de toda clase, levantadas á toda prisa é imperfectamente organizadas. Se estaba á la vez al cabo de la dificultad y de los recursos, porque, después de concitarse la rabia de los españoles, que consumía parte de nuestras mejores tropas, pasar por encima de la rabia concentrada de los alemanes, para ir á enorme distancia á provocar la rabia incendiaria de los rusos, y oponer á esta rebelión de los corazones en toda Europa, rebelión sorda ó fulminante, soldados apenas formados, apenas agregados unos á otros, mezclados á una muchedumbre de naciones secretamente hostiles, retenidas por el honor solamente á la hora del combate, si bien prontas á desertar así que el honor se lo consintiera; juntar así á la dificultad de los odios que había que vencer la dificultad de las distancias que había que atravesar, con fuerzas no más vigorosamente compuestas en proporción de la dificultad, sino por el contrario más débilmente constituidas que la dificultad, era grande, equivalía á amontonar en una empresa todas las ilusiones que se puede forjar el despotismo embriagado con el triunfo, equivalía á prepararse casi inevitablemente la catástrofe más terrible.

De consiguiente, la falta esencial consistía en la misma empresa. Fuera estéril rebuscar las faltas de ejecución que pudieron añadirse á la principal falta, si casi todas las faltas de ejecución se derivaron de ella, al modo que las consecuencias se derivan irremisiblemente de su principio.

Así, es verdad que Napoleón, entrado en Rusia el 24 de junio, se detuvo diez y ocho días en Wilna, diez y ocho días muy preciosos; que empujando á Davout sobre Bagration, no le dió fuerzas necesarias, con la idea de reservarse personalmente una masa aniquiladora para abrumar á Barclay de Tolly de seguida; que, llegado á Vitebsk, se detuvo otros doce días; que, partido de Vitebsk para rebasar á los dos ejércitos rusos juntos en Esmolensko, quizá vaciló demasiado en remontar el Dnieper más arriba de esta ciudad, lo cual le proporcionaba verosímilmente el resultado apetecido; que, en vez de detenerse en Esmolensko, se dejó arrastrar detrás del ejército ruso, por la necesidad de un éxito brillante, á las profundidades donde debía perecer; que en la gran batalla del Moscowa titubeó mucho en desprenderse de su guardia, lo cual impidió que fuera completa la destrucción del ejército ruso; que, entrado en Moscú, viéndose rodeado por el incendio, conociendo la necesidad de salir de allí, y habiendo imaginado una combinación vasta y profunda para volver sobre el Dwina por Veliki-Luki, no supo vencer la resistencia de sus lugartenientes; que, viendo el peligro de permanecer en Moscú, se quedó allí por el orgullo de no declarar á la faz del mundo que se hallaba en plena retirada; que á este sentimiento sacrificó un tiempo precioso y muy suficiente para salvarse; que, saliendo de Moscú, mal de su grado, é imaginando coger la vuelta en Malo-Jaroslawetz al ejército ruso, para penetrar en el hermoso país de Kalouga, no supo ser perse-

verante, y de nuevo cedió al desaliento de sus lugartenientes; que, por último, obligado á huir sobre aquel triste camino de Esmolensko, no prestó atención á la retirada ni personalmente hizo cosa alguna para disminuir sus desdichas; que en Krasnoe pasó destacamento á destacamento, en vez de pasar en masa, y perdió allí todo el cuerpo del mariscal Ney, excepto este caudillo, cuantos quedaban de los soldados del príncipe Eugenio, parte de los del mariscal Davout y de la guardia; finalmente, que, salvado por milagro en el Berezina, partiendo de su hueste, desperdició la coyuntura de juntar sus restos y de descargar sobre los rusos, casi tan extenuados como nosotros, un golpe terrible que compensara un desastre por una victoria.

Todo esto es verdad sin duda, pero los que pretenden ver aquí el genio de Napoleón obscurecido ó debilitado, y no ven casi en todo la falta principal reproducida y diversificada hasta lo infinito, emiten un juicio débil sobre esta catástrofe inmensa.

Cuando Napoleón, al adelantarse hacia Wilna, cortaba en dos al ejército ruso; cuando deslizándose á las calladas á Vitebsk primeramente, y después de Vitebsk á Esmolensko, estuvo dos veces á punto de rebasar y de coger la vuelta á aquella hueste; cuando en medio de las ruinas de Moscú ideaba un movimiento sobre Veliki-Luki, que al par que retrógrado era ofensivo; cuando elegía tan perfectamente el punto para pasar el Berezina, de cierto nadie dijera con fundamento que la poderosa inteligencia de Napoleón estaba debilitada. Y por el contrario se puede sostener que no cometía una falta que no resultase forzosamente de la misma empresa. Así, cuando perdía tiempo en Wilna y en Vitebsk, era para allegar á sus soldados esparcidos y fatigados por la distancia, y la verdadera falta consistía, no en esperarlos, sino en haberlos llevado tan lejos; si no daba á Davout tropas bastantes para acabar con Bagration antes de correr sobre Barclay, consistía en que contaba con reuniones de fuerzas que la naturaleza del país hacía casi imposibles, y entraba por mucho en su error la empresa misma; si no se detenía en Esmolensko, á la misma empresa hay que atribuirlo, pues si era peligroso ir á Moscú, no lo era menos invernar en Lituania con dos ríos helados por frontera, con la Europa, rebosando en odio á la espalda, y empezando á dudar de la invencibilidad de Napoleón; si en la batalla del Moskowa no se atrevió á desprenderse de su guardia, que era su única reserva, forzoso es achacarlo á la empresa misma, cuya locura estaba tocando, y que le hacía tímido de pronto en castigo de haber sido muy temerario; si en Moscú se detenía en demasía, no fué por la vana esperanza de obtener la paz, sino por la dificultad de confesar sus apuros á la faz de Europa, pronta siempre á pasar de la sumisión á la rebeldía; si vaciló ante sus lugartenientes, ora al proyectar el movimiento sobre Veliki-Luki, ora al tratar del ideado sobre Kalouga, fué porque, después de haber exigido mucho de ellos, se hallaba reducido á no poderles pedir más que lo necesario; si en la retirada no tuvo la actividad y la energía de que había dado tantas pruebas, fué porque paralizó su vigor el sentimiento excesivo de sus errores. Un hombre menos penetrante, menos buen juez de las faltas ajenas y de las propias, se sintiera menos agobiado, nutriera menos pesares y reparara me-

por sus yerros. Castigo es del genio sentir sus faltas más que las medianías, y ser más martirizado en lo recóndito de su conciencia. Finalmente, si, abandonando su ejército, partió de Smorgoni, fué porque previó demasiado y aun se exageró las consecuencias inmediatas de su desastre, y creyó que sólo en París podía repararlas. Se erraría al creerle debilitado en todo esto desde el punto de vista del espíritu ó del carácter, pues no lo estaba, y muy luego lo probó en numerosos campos de batalla: preciso es verle tal como estaba, es decir, agobiado por su falta misma, y si pueden descubrirse algunos errores de detalle, que no se refieran á la principal falta, todo procede de ella en el conjunto, ó de aquel carácter desordenado que indujo á Napoleón á cometerla, y entonces todo el desastre no es imputable á un accidente, sino á una causa moral, cosa á la vez más instructiva y más digna de la Providencia, nuestro juez soberano, nuestro supremo remunerador así en este mundo como en el otro. A nuestro juicio, en estos sucesos trágicos no hay que ver tal ó cual defecto en la manera de efectuar las operaciones, sino la gran falta

de haber ido á Rusia, y en esta falta otra más enorme, la de haber querido intentar todo en el mundo contra el derecho, contra las afecciones de los pueblos, sin respeto á los sentimientos de aquellos á quienes había que vencer, sin respeto á la sangre de aquellos con quienes había de triunfar, y en suma el extravío del genio no tolerando ya freno, ni contradicción, ni resistencia, el extravío del genio obcecado por el despotismo. Para ser veraz y útil, no hay que rebajar á Napoleón, pues abatir el genio equivale á abatir á la naturaleza humana; hay que juzgarle, que presentarle al universo con las verdaderas causas de sus errores, mostrarle como enseñanza á las naciones, á los jefes de ejércitos, de imperios, á los jefes para que vean lo que viene á ser el genio abandonado á sí propio, el genio, arrastrado, extraviado por la omnipotencia. De esta espantosa catástrofe no hay que sacar otra enseñanza. Fuerza es dejar al que se engaña tan desastrosamente su grandeza, que aumenta la magnitud de la lección y que al menos deja á las víctimas la compensación de la gloria.